

— ¿ Por qué?

— Porque me he impuesto un trabajo yo misma... Siéntate ahí... Hace tiempo que tengo ganas de trabajar... en un retrato tuyo... Hasta ahora no me había creído capaz... Pero ya creo que puedo arriesgarme...

— ¡ Ah! ¡ Ah! — dijo maliciosamente el señor Hertelín. — ¿ Me vas á retratar? ¿ Me puedo permitir ese lujo? ¿ Qué te daré en cambio?

Rosalía miró al anciano con mucha gravedad :

— Lo que nadie más que tú ha sabido darme hasta hoy : un cariño profundo y sincero...

El anciano comprendió ; bajó la cabeza, sentóse en la butaca, y Rosalía empezó á pintar.

FIN

EN LA RIBERA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Cada. 1625 MONTERREY, MEXICO

EN LA RIBERA

I

En el umbral del parador llamado *El sol de Oro*, y con su escoba en la mano, Ceferina acababa de barrer el yeso que cubría el pavimento de la gran sala. Hermoso sol de abril hacía estallar los botones de los rosales que, encastrándose, cubrían la fachada, y las recién llegadas golondrinas, reunidas en grupos, piaban posadas en los hilos del telégrafo. En la cantera vecina, los picapedreros pulían las sonoras piedras y rompían el silencio con los metálicos ruidos de sus martillos de acero. Por el Marne, pasaban lentamente las chalanas arrastradas por caballos con melancólicas campanillas, y con sus pesadas proas partían los juncales que cual verdes islotes surgían de la oscura corriente; del templado aire, y de la fecunda tierra que empezaba á cubrirse de verdura, se emanaba cierta languidez, y Ceferina, aunque era laboriosa y activa,

suspendió un instante su trabajo, quedóse inmóvil á pocos pasos de la puerta, y aspiró con delicia la frescura



que del río venía, escuchó los animados ruidos del trabajo, y fijó sus ojos en el cielo donde ligera bruma se extendía semejando tenue gasa de plata. El chirrido de una ventana que se abría

en el piso primero vino á sacarla de su abstracción, y al mismo tiempo, los pétalos de una rosa deshojada cayeron á su alrededor. Sonriendo levantó la cabeza y dijo :

— ¡Hoy no estás dispuesta temprano, Gloria !

La hermosa rubia que asomada á la ventana bostezaba y se arreglaba los rizos que le caían por la frente, hizo un gesto de cansancio.

— Ayer, en la fiesta, bailé hasta muy tarde.

— Esa es la consecuencia de tener demasiados pretendientes.

Misteriosa sonrisa contrajo los labios de Gloria y dijo :

— Tener muchos pretendientes no supone nada. Lo importante y lo difícil es encontrar uno que guste...

Y, agitando la cabeza que el sol doró con su luz, ató la persiana á la pared. Luego, bostezando de nuevo y enseñando sus blancos dientes, se retiró hacia el fondo de su habitación.

Gloria, única heredera del rico hostelero Thiriote, era la joven más hermosa de todo Aygueville. Su hermana de leche, Ceferina, que se había quedado sola en el mundo, había sido recogida por el hostelero y educada con ella. Y mientras las dos niñas habían sido pequeñas, habían merecido los mismos cuidados y las mismas caricias ; pero cuando fueron mayores, la diferencia de trato las había colocado á cada una en su lugar.

Gloria había seguido siendo una señorita mientras Ceferina quedaba reducida al papel de criada. Y esto no quiere decir que Thiriote la tratase con dureza ni que Gloria dejase de mostrarse afectuosa con ella. Pero la joven, con resignada prudencia había comprendido que, viviendo en la casa, su primer deber consistía en prestar servicios útiles, y, sin que nadie se lo dijese, se había puesto á trabajar para demostrar así su agradecimiento á los que la habían recogido.

Además, el trabajo le gustaba y no podía estar un momento quieta ; así que, mientras Gloria se encerraba en su habitación para coser y bordar, Ceferina arreglaba,

limpiaba, se ocupaba de los consumidores, y suplía á Thiriot cuando éste se veía obligado á ausentarse por asuntos relativos á su establecimiento.

El contraste entre las dos hermanas de leche era mayor aún físicamente. Ceferina era pequeña, viva, morena, de ojos brillantes y piel mate. Gloria era alta, rubia, fresca, ondulados los cabellos y azules los ojos. Todo lo nerviosa que era una, la otra era perezosa, y los parroquianos del café de Thiriot decían gustosos : Gloria es una mujer hermosa, pero Ceferina es una trabajadora tenaz. El que convierta á Gloria en su mujer no tendrá bastante con sus dos brazos para procurarle el bienestar, pero el que tenga á Ceferina en su casa, podrá, si así le viene en ganas, irse á paseo con la seguridad de encontrar el cocido dispuesto á su vuelta. Verdad es que la hija de Thiriot llevará á su marido buena cantidad de escudos mientras que Ceferina no tiene más fortuna que su buen carácter y su laboriosidad.

Y la joven tenía fama de llevar consigo la suerte. La gente había observado que desde el día en que Thiriot, cuyos negocios iban medianamente, había recogido á Ceferina en su casa, su establecimiento había prosperado tanto que á poco estuvo en disposición de comprar el terreno situado detrás de su posada, y luego la casa contigua, y más tarde una alquería por el lado de Clairval. Hasta circuló la especie que, el hostelero, al reconstruir la cuadra que amenazaba ruina, había encontrado un tesoro oculto en una de las paredes. Tal vez el

tesoro consistía únicamente en la zagaleja que alegraba á los parroquianos y que había puesto en orden la casa de Thiriot. El hostelero, cuando alguien hacía alusión á la constante suerte que favorecía sus empresas, replicaba con orgullosa sonrisa :

— Y yo, amigos míos, ¿ no tengo participación en ella ? ¿ Creéis que no me ocupo de mis asuntos ? No vayáis á buscar tan lejos las causas de mi prosperidad. Cuanto se dice es pura invención de los que me envidian. Yo no soy el único que tiene una criada buena en su casa. ¿ Por qué no hacen fortuna los demás ?

¡ Criada ! Thiriot llamaba así, y muy tranquilamente, á la joven que había educado con su hija, pues la veía trabajar tanto y tan bien, desde que amenecía Dios hasta que el sol se ponía, que le resultaba imposible compararla con su Gloria. Y poquito á poco se había acostumbrado á dar órdenes á Ceferina con voz que tal vez resultaba demasiado autoritaria.

Después de todo, su temperamento áspero y egoísta le predisponía á tratar sin miramientos á la mujer hacendosa y de buena voluntad que siempre estaba dispuesta para trabajar, y de ella abusaba con gran beneficio para sus intereses. Ceferina le ahorraba dos criadas, pues mientras los mozos, encaramados en los pescantes de los coches de Thiriot recorrían las carreteras de la comarca, Ceferina no dejaba de echar una ojeada á las cuadras, y, si preciso era, sacar de los pozos algunos cubos de agua.

Subía de la cueva con un cesto de veinticuatro botellas, y un día que el hojalatero Simón había bebido más de la cuenta y manifestaba su alegría de manera demasiado ruidosa, le puso bonitamente en la puerta sin que el otro se atreviese á chistar.

Buena para todo, sin pretensiones, con notable igualdad de carácter y siempre amable, ninguno de los parroquianos de la casa podía envanecerse de verse mejor tratado que sus compañeros, cuando predispuestos á la cortesía querían sentar plaza de galantes con ella.

Y sin embargo, uno había que consiguió gustar á Ceferina. Era un muchacho robusto y gigantesco que vivía frente por frente del *Sol de Oro* y ejercía el oficio de herrero. Desde por la mañana hasta por la noche vivía en su fragua y martillaba los picos de arado, las hojas de hoz y los hierros de las palas. Á eso de las cuatro, hora de la merienda, y mientras sus tres obreros comían un pedazo de queso sentados á la mesita que se alzaba entre las limaduras y los clavos, el enorme Pedro Doublet cruzaba la calle y se iba á casa de Thiriot á beber un vaso de vino blanco. Allí encontraba á los picapedreros que por espacio de media hora abandonaban la cantera, y allí, en el templado ambiente de la sala, con el pesado delantal de cuero que le cubría las piernas, y las manos ennegrecidas por haber manejado tanto hierro, descansaba un rato de su penoso trabajo. Y en aquel momento nunca dejaba de aparecer Ceferina. Bien que Thiriot estuviese tras el mostrador, ó estuviese ausente por exi-



El enorme Pedro Doublet cruzaba la calle y se iba á casa de Thiriot á beber un vaso de vino blanco (pág. 154).

girlo así sus negocios, la joven se hallaba siempre visible cuando Pedro llegaba. Y si por casualidad alguna causa imprevista le retenía en su casa, la contrariedad de la joven era tan visible que los parroquianos de Thiriot, que nada tenían de observadores, habían tenido que advertirla. Al hablar de estas cosas bromeaban, y siempre que la ocasión se presentaba decían á Doublet :

— Mira, cuando vienes, la cueva de Thiriot se resiente. Estando tú nos sirven de lo mejor, y cuando no estás, tu buena amiga nos trata con menos consideraciones. Procura no faltar cuando den las cuatro.

— Dejarme en paz — replicaba Pedro riendo; — sirve de igual manera á todo el mundo, y además, Thiriot no tiene dos clases de vino en su cueva. Caro ó barato, en jarro ó embotellado, siempre sirve el mismo. ¿ No es así, tío Alegría?

Coloradote, obeso, soplando al hablar y hablando con voz cascada que asombraba al salir de aquel cuerpo, Thiriot contestaba de mala gana á las bromas que Doublet se permitía con respecto á los líquidos que en su casa se vendían. Le horrorizaba que se discutiese su vino, su aguardiente ó sus aperitivos, y pretendía intoxicar á sus parroquianos sin concederles el derecho de quejarse : quería que sus venenos se tragasen con agradecimiento.

Gloria no se presentaba nunca en el café. En su habitación se quedaba cosiendo ó leyendo, pues era persona instruida, y recibía una revista de modas que prestaba á las señoritas Delaván, las hijas del recaudador con quie-

nes se visitaba. Entre Gloria y Ceferina había una línea perfectamente trazada. Una, verdadera obrera por el traje, gustos y costumbres, estaba en relación diaria y constante con los rudos y groseros parroquianos de la casa : otra, burguesa delicada; vestida con trajes elegantes, teniendo ocupaciones refinadas, y preocupándose únicamente del buen tono hasta el extremo de hacer venir telas de París por creer que los vendedores de Aygueville no tenían bastante surtido. Thiriot estaba orgulloso de su hija y de ella hablaba con admiración. Con frecuencia le decían :

— ¡ Eh ! papá, es preciso pensar en un marido para la « señorita ». Pronto cumplirá veinte y ya es toda una mujer. La dote no le preocupará, pues no es dinero lo que le falta... Hace años que se dedica á amontonar escudos.

El hostelero se quedaba entonces pensativo y sus pesadas mejillas parecían deshincharse con una mueca de dolor.

— Yo sé — replicaba — que no la tendré siempre á mi lado... ¡ Esa es la desgracia de tener hijas ! Se las mima y acaricia durante años y años, y luego llegan á ser mujeres y el primero que pasa les levanta los cascos y se las lleva. Un hijo se tiene siempre. Cuando concluye el servicio militar vuelve á la casa, se asocia á los negocios del padre, y al casarse trae una mujer, es decir, alegría, movimiento y juventud. Los nietos vienen luego y así se envejece suavemente entre una familia nueva. En eso consiste la felicidad. En vez de todo esto, ¡ sólo Dios sabe

lo que con Gloria me espera ! Cuando me quede solo, mi casa será bien grande...

— Siempre le quedará Ceferina.

— No es lo mismo. Ceferina es muy buena muchacha, trabajadora como no hay otra, y con ella estaré siempre tranquilo y mis negocios marcharán viento en popa... pero cuando la noche llega, la fatiga la rinde y se duerme con la labor en las manos, mientras que Gloria, siempre sonriente y amable como una gran señora, me hace compañía, me lee el periódico y juega conmigo una partida de dominó... ¡ Ah ! Gloria... Es demasiado hermosa, demasiado amable y demasiado inteligente. Imposible será que se quede en el lugar y se irá á la capital de provincia, á París tal vez, y yo me quedaré solo, solo...

— Se irá usted con ella. Venderá el establecimiento, realizará sus tierras, y con sus economías vivirá como buen burgués retirado de la vida de los negocios. Alguien asegura que descubrió un teroso, y entonces se tendrá la prueba.

De cuantas cosas desagradables podían decirse á Thiriot, la alusión al tesoro encontrado en las paredes de la vieja casa era la que le resultaba más intolerable, y el resultado inmediato de un recuerdo dirigido á lo murmurado con respecto á su rápido enriquecimiento, era el fin de la conversación que cortaba con protestas ó injurias, según la condición de su interlocutor. Poco tiempo hacía que había llamado imbécil al juez de paz, y eso estuvo á

punto de costarle caro. Pues á todo esto, Blandureau se ocupaba y esforzaba para prestarle un servicio señaladísimo, servicio que consistía en negociar el matrimonio de Gloria con el primer pasante del señor Amurat, notario de Aygueville, y era una combinación admirable que á un tiempo aseguraba al notario un sucesor en condiciones para pagarle la cesión de su notaría y á Thiriot un yerno que no le separaría de su hija.

Ese primer pasante, Carlos Legrand, gomoso de provincia, que imponía á la admiración de los jóvenes de Aygueville sus largas levitas y sus corbatas del año de mil ochocientos treinta y sus botas con caña de gamuza, era un mocetón correcto y presuntuoso como todos los imbéciles. Ni por un imperio hubiera entrado en casa de Thiriot para quien afectaba el más profundo desprecio. Cuando le encontraba en la calle le saludaba con atristada condescendencia, y con su saludo parecía expresar cuanto había de doloroso en un hombre como él al tener que inclinarse y quitarse el sombrero ante un personaje de tan baja condición, sólo por que tenía una hija linda y una caja bien provista. Blandureau, á pesar de los sofiones con que Thiriot le favorecía, no se había desanimado y continuaba ejerciendo de corredor conyugal. Y como quiera que el notario Amurat tenía prisa para vender su notaría, como Thiriot deseaba que su hija se quedase en Aygueville y el guapo Legrand aceptaba resignado la decadencia que en él suponía casarse con la rica heredera del *Sol de Oro*, no desespe-

raba y hasta creía fácil la realización de su proyecto.

A todo esto, Santo Tomás, día de la fiesta de la localidad, llegó, y la víspera, en la sala Godard, contratista de bailes públicos, se había bailado de firme. En la fiesta sólo había tomado parte la burguesía. El día grande era el domingo, día en que la juventud del lugar y de los alrededores se estrujaba, y ricos y pobres se confundían animados por el común deseo que de divertirse tenían. Al baile de los burgueses habían asistido Gloria y su padre, y durante su ausencia Ceferina había quedado al cuidado de la casa. Pero se prometía desquitarse al día siguiente, y bailar con Pedro.

Bostezando, Gloria acababa de cerrar la ventana y Ceferina se disponía á entrar en la casa, cuando una mujer harapienta y coja, que se apoyaba en un bastón y llevaba á la espalda un saco vacío, apareció en la revuelta del camino y se dirigió al parador. La joven la esperó, y saludándola con sonrisa cordial, la dijo :

— Y bien, tía Balora; ¿viene usted á hacer provisiones para la fiesta? Su saco no me parece bien provisto...

— Hija mía, si tú no estuvieses en el mundo para evitar que me muriese de hambre ¿qué sería de mí con los noventa años que cumplo uno de estos días?

— Pero ¿cumple usted noventa años, tía Balora? — preguntó Ceferina con malicia. — Hay quien asegura que utiliza la fe de bautismo de su madre para que la gente se interese por usted...

— Mentira parece, Dios santo, que exista gente tan

mala y que pretenda retirar á una pobre vieja los únicos beneficios que su avanzada edad le procura... — murmuró la mendiga. — Cuando llegue á los cien se convencerán, y preciso será entonces que se hagan fiestas en mi honor como se hicieron hace dos años para el pobre Marechal. Ya recordarás que le dieron un ramo de flores, que hicieron discursos y que se formó un cortejo... De cansancio y emoción murió á las dos semanas... ¿ Si tengo noventa años? ¡ Alabado sea Dios! Mira, hija mía, aquí donde estamos, cuando era pequeña, vi al Emperador primero apearse de su berlina... El pobre volvía de la guerra. Todavía era joven; llevaba el sombrero negro, y tenía la barba pegada al pecho porque acaba de tener muchos disgustos con los ingleses y los prusianos en los campos de Bélgica. Aún me parece que le estoy viendo. Mi madre me dijo, grita ¡ Viva el Emperador! Yo grité, y, sin mirarme, ordenó á uno de los oficiales que en el coche estaban que me diese una moneda de oro. ¡ Una moneda de veinte francos! Quisiera tener este saco lleno. ¿ Que no tengo noventa años? ¿ Y quién se divierte propalando semejantes mentiras? Siempre será Gloria, la orgullosa Gloria que ni siquiera mira al pasar... ¡ Ah! Gloria...

Los apagados ojos de la vieja se entornaron y su boca se crispó.

— Ten cuidado, hija mía. — murmuró — ten cuidado porque no te quiere bien.

— Quien debe tener cuidado es usted — replicó Cefe-



Tu tienes confianza en Pedro... y por las noches en que ibas á encontrarle al jardín, te juró muchas cosas (pág. 165).

rina muy formalmente. — Si continúa hablando así nos enfadaremos...

La mendiga la cogió por la muñeca, se la llevó hasta la esquina de la calle, y una vez segura de que nadie podía oír sus palabras, dijo :

— Tú tienes confianza en Pedro... y por las noches en que ibas á encontrarle al jardín de orillas del río te juró muchas cosas... Yo sé que eres honrada y que al herrero le costó trabajo que llegases á creerle ... Te ha prometido casarse contigo en cuanto Gloria tenga marido. ¡Excelente garantía! ¿Y si se casa con ella?

— Usted está loca, buena mujer, — exclamó Ceferina sonriendo con altivez. — Pedro no es hombre que se conduzca mal. Además, Gloria, casi está comprometida con el pasante Amurat.

— Vigila, niña, vigila. Tú tienes la seguridad de la juventud, — murmuró la vieja. — Durante mi vida he visto muchas que como tú tenían confianza y que luego no han tenido bastantes ojos para llorar. Á Thiriot no le satisface tanto como parece el matrimonio de ese gallo finchado que ejerce de pasante de notario. Se siente humillado por su futuro yerno que no tiene un cuarto, y ese descubridor de tesoros está acostumbrado á los negocios y no le acomoda ese estúpido que se apoderará de su hija y de su dinero y que al salir de la iglesia no le saludará... Pedro Doublet, su vecino, trabajador incansable que tiene sus ahorritos, le gustará más. Lo malo es que Ceferina existe... pero ¿qué supone Ceferina? ¿Quién

es? Una criatura recogida por compasión que limpia las botas de Gloria... ¿Cómo es posible vacilar entre las dos? Si el corazón de Pedro habla, lograrán que diga otra cosa... En fin, hija mía, vigila, te lo repito; vigila, y cuida de la tía Balora que únicamente puede contar contigo para comer durante la semana con lo que de limosna le das los domingos.

Inmóvil y como petrificada, Ceferina parecía escuchar sin oír las palabras de la vieja. Sacudió la cabeza para auyentar ideas importunas, y luego, fijando en la Balora sus amenazadores ojos, replicó:

— Que no se le ocurra repetir á nadie, sea quien sea, ni una palabra de cuanto me acaba de decir... No la creo... ¡Sería tan indigno, tan infame!...

Y como si se ahogase respiró con violencia. Luego agregó:

— Vamos, tía Balora, venga. Sus provisiones están dispuestas. Pero, ni siquiera piense lo que acaba de decirme... Su cabeza está débil... Sí, decididamente creo que tiene noventa años...

La mendiga no replicó, y siguiendo á Ceferina entró en el parador.

II

Bajo el toldo de rayado dril, á la luz de las arañas y en la pesada atmósfera cargada con el polvo que los pies de las parejas levantaban, la juventud de Aygueville bailaba. El pavimento de pino vibraba á las vueltas de vals, y la orquesta, compuesta por seis músicos encaramados en un estrado, lanzaba al aire con abundancia las chillonas sonoridades de sus instrumentos de cobre. Las cortinas de la sala, levantadas por uno de los lados, dejaban libre el paso al ambigú instalado en el césped y al abrigo de los viejos tilos cuyas hojas florecían nuevamente. Las mesitas parecían llamar á los consumidores, y, ya cansadas por el violento ejercicio á que se entregaban las parejas, acudían á aquel lugar sombrío, fresco y tranquilo. Las nueve daban y Thiriot acababa de hacer su aparición con las muchachas en el preciso momento en que el brillante empleado del notario Amurat, que ya había paseado sus